

De frente al arte

Jessica de la Garza*

La experiencia frente al arte puede llegar a ser intensa, memorable, trascendente, e incluso, transformar nuestra forma de mirar. No obstante, para que tenga lugar una vivencia que luzca como única e irrepetible se requiere de tiempo y disposición, dos elementos que con frecuencia son difíciles de lograr hoy en día.

Muchas veces, después de acudir a un museo de arte, sentimos que tuvimos una visita inconclusa. Nos damos cuenta de que con frecuencia vemos, pero no observamos, y de que nos conformamos con esa mirada rápida que logramos mientras caminamos, siguiendo el flujo general de los otros visitantes, con la lectura de un cedulario que por lo general muy poco aporta. Con frecuencia, un mes después nos acordamos de muy poco... Nada de lo visto resultó memorable.

Les propongo que cambien la dinámica de sus visitas y que en cada exposición se detengan a observar con cuidado al menos una de las obras expuestas para descubrirla, “para escucharla”, como solemos decir, y convertirla en algo memorable.

Quiero dar dos ejemplos de piezas que a mí aún me llenan de satisfacción al recordarlas. Una de ellas es el *Escritorio de los ciervos* que se encuentra en el Museo de Historia Mexicana, en Monterrey, Nuevo León. El mueble fue elaborado en el siglo XVII por artesanos de Oaxaca, con una interesante técnica de origen hispano-musulmán.

La imagen principal del mueble es un campo de ensueño donde dos personas sacan agua de una fuente con sus cántaros, mientras un par de caballeros, asistidos por sus sirvientes, suje-



Escritorio de los ciervos, Taller de la Villa Alta, Oaxaca, ca. 1671-1672 Fotografía © Museo de Historia Mexicana

tan a unos ciervos que acaban de ser capturados y a los que les ofrecen agua limpia para beber.

Cuando me detuve frente a esta obra me pareció una imagen idílica y poética, pero sentí que tenía un toque dramático. Me concentré en los ciervos, animales frágiles y temerosos huyendo de los depredadores, como la representación de la inocencia que escapa de la maldad, un tema tan frecuente en aquellos años. También me llamó la atención pensar en cómo cambian con el tiempo los símbolos; hoy de seguro no elegiríamos esas imágenes para hablar de la lucha entre el bien y el mal.

Descubrí así que el toque dramático que percibí se debía a que las imágenes esgrafiadas sobre la madera clara estaban rellenas de una pasta negra, para de este modo lograr un gran contraste. Pensé asimismo en la cantidad de personas que habrán disfrutado de este mueble, en las cartas de amor, de negocios o de olvido que se habrán escrito en su superficie. Desde entonces la pieza me resulta inolvidable.

Tuve una experiencia similar en el Museo Nacional de San Carlos, cuan-

do me detuve frente a *La cena de Emaus* (1639) de Francisco Zurbarán: una obra que durante años estuvo en la iglesia de San Agustín, en la Ciudad de México. Allí vi a tres personas reunidas en torno a una mesa. El hombre al centro era Jesús resucitado, con dos de sus discípulos, quienes se detuvieron ahí para pasar la noche; ellos no sabían que el forastero con quien hablaban era el Maestro, pero lo descubrieron por su forma de partir el pan.

¿Por qué este óleo me provocaba un sentimiento de nostalgia? ¿Por qué me sentía tan conmovida? Me pareció que la pieza emanaba religiosidad, ascetismo, dignidad, solemnidad; que me transmitía quietud y algo de misterio. Me di cuenta de que la intensidad que sentía no sólo se debía a la expresión de los rostros o las manos, a la ropa burda y llena de pliegues o a la mesa con la jarra, el plato con restos de comida y el pan, siempre tan simbólico, los cuales transmiten con claridad un momento de intimidad... Era ¡la luz!, esa luz invisible que iluminaba, sólo en parte, la mesa, la nariz, la barba y uno de los pies de Jesús: era ese contraste radical con las sombras.

* Coordinación Nacional de Museos y Exposiciones, INAH.



Francisco de Zurbarán, *La cena de Emaus*, 1639 **Fotografía** © Museo Nacional de San Carlos

Estas dos piezas, entre otras, las recordaré siempre de una manera íntima, inolvidable, pues las hice mías y no se perderán en la nebulosa en que habitan otras muchas que a lo largo de la vida he visto sin mirar.

Parece un lugar común repetir que cada pieza “nos habla”, y que son las que “escuchamos”, las que marcan el rumbo de nuestros pensamientos.

Resulta evidente que no reaccionamos igual frente a la máscara de Pakal que ante el mural *Sueño de una tarde dominical en la Alameda Central*, de

Diego Rivera, ni ante la *Serpiente* de Mathias Goeritz.

Los museos también ayudan a las vivencias gracias a un montaje adecuado en el que se selecciona la textura de la pared, la iluminación tenue o agresiva, los colores o las piezas que la rodean, así como los textos de los cedularios. Todo esto proporciona un “empujoncito” que invita a detenerse y observar.

Por su naturaleza, las experiencias frente a una obra de arte son muy íntimas, y dependen mucho más de la persona que las mira, de sus anhelos y preocupaciones, de su historia, sus experiencias previas con el arte, sus preceptos y prejuicios, su cultura... A partir de ahí, cada uno de nosotros decidimos fijar la atención en algún punto, ya sea en los símbolos representados y en la forma como se hallan entretrejidados, en la historia que narra, en su belleza, en la calidad de su factura o la intensidad de los sentimientos que expresa. Es a partir de eso que somos; una pieza puede movernos a la curiosidad y la reflexión, a las preguntas, a las comparaciones con otras piezas que hemos visto en otros museos y en otros espacios.

Son ustedes quienes deciden de qué manera mirar y quienes deciden asimismo la intensidad de la experiencia. Los únicos requisitos son el tiempo y la disposición 🍀

FACEBOOK



Gaceta de Museos

TWITTER



@gacetademuseos

SÍGUENOS